

CAPITULO XLIX.

La mina.



o podía creer Qualcopoca lo que le pasaba.

—¿Qué maldicion ha caido sobre nuestro desventurado país? decia á su hijo y á sus compañeros de cautiverio al verse él, que hasta entónces habia sido libre como el aire, preso y encadenado, al recordar la abyeccion en que á sus ojos habia caido Moctezuma.

—Hemos hecho mal en obedecer al emperador, se atrevió á decir Zimpazin.

—No, eso no; la obediencia al jefe del Estado, repuso Qualcopoca, era en nosotros un deber imperioso, indeclinable.

—Pero en el mero hecho de llamarnos para ser juzgados por los españoles, debimos presumir lo que pasaria.

No me hice yo ilusiones.

Al venir á México para dar cuenta á Moctezuma de lo que habia pasado, al ver en su rostro el miedo en vez de la alegría, al fijar sus ojos en la ensangrentada cabeza del español, que en tu nombre, y como trofeo de nuestra victoria, le presenté, me convencí de que Moctezuma no era el mismo; y por mi parte, en vez de guardarle fidelidad, hubiera desobedecido sus órdenes ahora para salvar á la patria, sin perjuicio de prestarle obediencia despues de haberla salvado.

Qualcopoca nada contestó.

—Nuestros dioses no pueden querer la perdicion de México, dijo despues de un momento de reflexion.

Si Moctezuma dominado por los extranjeros, arrastra su cetro y su corona por el suelo, no faltará quien la recoja.

Cacumatzin, que odia á los españoles y es ambicioso; Cacumatzin, que anhela unir su reino de Tezcucó al imperio de México, levantará el abatido espíritu de los mexicanos.

—El nos libertará....

—Si le dan tiempo los verdugos.

—Yo nada espero, dijo Zimpazin; esos miserables, por vengar á su infame compatriota, serán capaces de asesinarlos acaso hoy mismo.

—Si hubiera algun medio de escapar de sus manos, dijo uno de los prisioneros.

—¡Aguardad! exclamó de pronto Qualcopoca.

Y permaneciendo algunos segundos abstraído:

--Sí, no hay duda, añadió; lo recuerdo bien.

La estancia en donde nos ha recibido Hernan Cortés era la que servia al padre de Moctezuma para celebrar consejo con sus generales.

Y dirigiéndose á sus compañeros de prision:

—Oid, les dijo; creo que hemos hallado el medio de evadirnos.

—¿Sí? preguntaron con ansiedad.

—Mi padre, prosiguió Qualcopoca, gozaba de la más completa confianza del padre de Moctezuma.

Era general en jefe de su ejército, su favorito, su privado.

En una ocasion, el rey de Tacuba Guaizinzam, abuelo de Guatimotzin, tramó una conspiracion contra el emperador.

Este lo supo, y averiguó que los conjurados se reunian en el palacio de la gran plaza, donde hoy se halla la morada imperial.

Con el mayor sigilo sobornó á uno de los conjurados y supo por él que trataban los partidarios del rey de Tacuba de labrar una mina subterránea para llegar por ella hasta este palacio.

Informado del plan formado por los conspiradores, mandó

á su vez que operarios activos abriesen desde este palacio una mina, que en un momento dado se pusiera en comunicacion con la de sus enemigos.

Zimpazin y los demas prisioneros oian á Qualcopoca con marcadas muestras de interes y ansiedad.

—El propósito del emperador era salir al encuentro de sus enemigos, sorprenderlos y derrotarlos, sin que se apercibieran de aquella misteriosa lucha los habitantes de la ciudad.

—¿Y llevó á cabo su proyecto?

—Comenzaron los trabajos hasta que los operarios oyeron el ruido que hacian los enemigos; entónces se detuvieron.

A los operarios remplazaron soldados, que estuvieron muchos dias en acecho, oyendo los golpes de los trabajadores sediciosos, y esperando la ocasion de lanzarse sobre ellos para castigarles.

—Ningun arcito cuenta esa historia, objetó uno de los presos.

—No, porque afortunadamente no tuvo lugar la lucha.

Murió el rey de Tacuba, los conjurados renunciaron á su empresa y la mina quedó sin concluir.

Yo recuerdo que el emperador mandó matar á los operarios que le habian servido, para que en ningun tiempo revelasen el secreto de que habian sido forzosos confidentes.

Solo él y mi padre lo sabian.

Una noche fueron á visitar la mina, y mi padre me llevó en su compañía.

Yo era niño, y sin embargo de que han trascurrido muchos años, me recuerdo en este instante hasta de los más insignificantes detalles.

Los dioses quieren que lo recuerde para nuestra salvacion.

Desde la estancia en donde hemos estado hace poco, seguimos el camino que nos ha conducido hasta aquí, y en una habitacion muy parecida á esta levantó mi padre del suelo un trozo de madera, y despues levantó una compuerta, y bajando unos

cuantos escalones conmigo, comenzamos á andar por una estrecha galería.

A los cien pasos nos detuvimos delante de una pared.

Mi padre dió un golpe en ella, y á aquel golpe respondió otro.

—«Un hombre en cuatro dias puede romper esta pared,» exclamó.

Nos volvimos, y desde entónces nunca volví á oirle habar de la mina.

Ignoro si el obstáculo habrá desaparecido; pero estoy seguro de que no estamos léjos de la boca de la mina.

Esta narracion tuvo suspenso el ánimo de cuantos le escuchaban.

—Es preciso convencernos de que no te equivocas, dijo Zimpazin.

Y todos comenzaron minuciosamente á registrar el pavimento, que aunque cubierto con esteras de palma movibles, era de madera.

Despues de una hora larga consagrada á esta tarea logró Zimpazin levantar el pedazo de madera de que habia hecho mencion su padre.

En seguida levantó, aunque no sin trabajo, la compuerta.

Una inmensa alegría brilló en el rostro de los infelices prisioneros.

—Nos hemos salvado, gritó uno de ellos.

—No, dijo Qualcopoca con amarga trizteza. Nuestros verdugos, al poner las cadenas en nuestros piés, nos han privado de movimiento.

Los grillos de Zimpazin eran más largos que los de los demas, y el jóven podia andar y moverse con más facilidad que sus compañeros de desgracia.

—Yo exploraré la mina, dijo.

Y partió á ejecutar su promesa.

Al cabo de un rato volvió, diciendo que la pared existia aún pero que fácilmente podria echarla abajo.

Durante los días que estuvieron presos, quedándose uno de guardia para avisar á los demas, los cuatro restantes bajaban á la mina, y arrastrándose llegaban hasta la pared.

Con las manos y los hierros de sus piés, que se destrozaban, iban poco á poco horadando el endeble muro.

Un día les anunciaron que al siguiente saldrian de la prision para sufrir el castigo.

—Es necesario trabajar toda la noche para que mañana no nos encuentren, dijo Qualcopoca.

Zimpazin hizo desesperados esfuerzos.

—Dejadme solo, dijo, y cuando termine la obra os llamaré.

Los prisioneros aguardaban con ansia oír la voz de Zimpazin; amaneció; Zimpazin no avisaba; una mortal angustia se apoderó del ánimo de los prisioneros.

De pronto resonaron pasos.

Eran los españoles, que iban á buscar á los reos.

Al oír Qualcopoca ruido en la habitacion contigua á la que les servia de calabozo:

—Nos hemos perdido, exclamó.

Uno de sus compañeros echó la compuerta y cubrió con una estera la boca de la mina.

Los soldados españoles, guiados por Diego de Orgaz y acompañados de Aguilar, que debia servirles de intérprete en aquella ocasion, entraron en el calabozo.

Al notar que faltaba Zimpazin, preguntaron á Qualcopoca dónde se hallaba.

—No le hallaréis, contestó el prisionero. Los dioses han querido que pueda librarse de vuestro castigo para vengarnos.

Diego de Orgaz mandó quitar los grillos á los presos, los sacó del calabozo y los condujo entre soldados á la gran plaza en donde debia tener lugar su ejecucion.

CAPITULO L.

El suplicio.



odos los habitantes de México aguardaban, poseidos de ansiedad y temor, el triste instante en que debian ser castigados aquellos de sus compatriotas que se habían atrevido á hacer armas contra los españoles en Zempoala.

No podian explicarse cómo Moctezuma consintiese en que uno de sus más bizarros generales sufriera aquel tremendo castigo.

Pero si calificaban en él debilidad esta condescendencia, no podian ménos de asombrarse ante el arrojado de los españoles, que de aquella manera vengaban el ultraje que les habian inferido.

Por grande que fuese la curiosidad de los mexicanos, era mucho mayor el horror que experimentaban, y muy pocos fueron los que se atrevieron á presentarse en la plaza destinada al suplicio.

Reinaba en la plaza de México un lúgubre silencio.

Cortés habia dispuesto que se formasen cinco montones de leña en la plaza; habia rodeado de soldados aquellas piras, y anunció la llegada de los reos al patíbulo con un redoble seco, que heló la sangre en las venas de los mexicanos que le escucharon.

Ibbialbi habia recibido el encargo de excitar á los mexicanos á que acudiesen á visitar aquel espectáculo, decretado más que para llevar á cabo una ruin venganza de los españoles, para que éstos adquiriesen influencia sobre los habitantes del imperio que se proponian conquistar.

A pesar de los esfuerzos que hizo el jóven indio, apenas consiguió los deseos de Hernan Cortés.

No habia quien no se sintiese en peligro, quien no temblase ante el temor de perecer tarde ó temprano del mismo modo.

Los reos salieron del calabozo, y Qualcopoca con una entereza, con una arrogancia admirable pidió que le condujeran á la presencia de Moctezuma para darle el último adios.

El débil monarca no quiso acceder á estos ruegos.

Partió la comitiva, y en el momento en que salian los prisioneros del cuartel de los españoles, los soldados prendieron fuego á la leña, y el denso humo no tardó en cubrir el espacio.

Fray Bartolomé de Olmedo acompañaba á Qualcopoca, exhortándole á que se reconociese como verdadero culpable y buscase en la absolucion de sus culpas el premio de la vida eterna.

El guerrero no le escuchaba.

Avanzaba sereno, mirando á todas partes, y si hubiera podido expresar los sentimientos que dominaban su alma, hubiera demostrado que no sentia la muerte, porque al ver el silencio que reinaba en torno suyo, el abandono en que le dejaban sus compatriotas, preferia mil veces morir á vivir en un pueblo que tan pronto y tan profundamente habia caido en la abyeccion.

Seguíanle sus compañeros, y no tardó en cundir por la ciudad la noticia de que Zimpazin no formaba parte de la comitiva.

—Le habrá perdonado Hernan Cortés, se dijeron unos á otros.

—Le habrán asesinado en el calabozo, pensaban algunos.

Al fin llegaron los reos y el piquete que les acompañaba al lugar del suplicio.

Qualcopoca y sus compañeros, que con paso tranquilo habian llegado hasta el patíbulo, al ver las llamas se estremecieron.

—¿Es esa la muerte que me destinais? preguntó Qualcopoca. Haceis bien; me dais para luchar un enemigo poderoso.

Prefiero morir revolviéndome en las llamas, á sufrir el omi-

noso castigo que nosotros hemos impuesto al extranjero cuya cabeza conserva Moctezuma como un trofeo de nuestra gloria.

¡Animo, hermanos míos! añadió á los que iban á sufrir la misma suerte. No deis á nuestros verdugos el espectáculo del desaliento.

Harto nos ha humillado el emperador con su pusilánime conducta.

Convénzanse de que si la fuerza nos domina, no hay poder en el mundo que nos haga doblar la cerviz.

La noticia, que circuló en breve por toda la ciudad, de que Zimpazin no iba entre los reos, hizo que la curiosidad pudiese más que el temor, y poco á poco fueron llenándose de mexicanos todas las avenidas de la plaza.

Qualcopoca creyó, al ver acudir á sus compatriotas, que iban resueltos á defenderle, y deteniéndose dentro del cuadro que formaban los españoles, habló á los mexicanos:

—Voy á morir, les dijo, voy á morir por vuestra causa.

¡Baldon y oprobio sobre vosotros, que consentís que unos míseros aventureros hayan aprisionado á vuestro emperador y castiguen inicuamente á sus más esforzados generales.

Aún es tiempo: venid á mi, romped mis ligaduras, caed sobre estos miserables, y yo á vuestra cabeza, destruiré á nuestro enemigo, romperé las cadenas del emperador, y desbarataré los conjuros que han empleado para condenarnos á la impotencia.

¿Tendreis valor para vernos perecer en las llamas?

¡Ah! No. Venid, venid; despertad del vergonzoso sueño en que os hallais sumidos, para reconquistar vuestra independencia; de lo contrario, nuestra sangre caerá sobre vosotros, y los extranjeros os convertirán en esclavos.

A pesar de estas exhortaciones, los mexicanos no se atrevieron á dar un paso ni á alzar los ojos del suelo, para no encontrarse con las miradas amenazadoras de Qualcopoca.

Viendo éste que todos sus esfuerzos eran inútiles, poseido de un vértigo:

—Al ménos, dijo á sus compañeros, que nos maten luchando. Y lanzándose sobre Diego de Orgaz, dió ejemplo á los prisioneros para que á su vez hiciesen pagar cara su vida.

La lucha era desigual.

Qualcopoca no tardó en caer atravesado por una bala de arcabuz.

Al verle tendido en tierra y bañado en sangre, lanzaron los mexicanos un gemido de horror.

Los soldados colocaron en una pira el cuerpo exánime de Qualcopoca.

Sus compañeros fueron asimismo arrojados á las hogueras.

Consumado el castigo, abandonaron los españoles á la curiosidad del pueblo aquellas llamas, que consumían los restos de los culpables.

Hernan Cortés no quiso asistir á aquel horrible espectáculo.

Obedeci óal disponerle á una necesidad imperiosa para él: la de infundir pavor á los mexicanos.

Pero en el fondo de su alma sentía amargamente haber tenido que dictar aquel castigo, porque el valor de Qualcopoca le habia grangeado su admiración.

Atemorizados los mexicanos, corrieron á refugiarse en sus casas, y durante todo el dia reinó en la ciudad un lúgubre silencio.

Hernan Cortés esperaba con ánsia la llegada de los españoles.

—Ya han sucumbido, le dijeron.

—¿Todos?

—Todos no.

—¿Qué decís?

—Uno de ellos ha logrado evadirse.

—¿Cómo le habeis dejado escapar?

—Lo ignoro.

—¡Parece cosa de encantamiento!

—Al entrar en el calabozo no estaba.

—Pues de allí no ha podido escaparse.

—Debe haber alguna puerta oculta.

—Si la hubiera se habrían evadido todos.

—Yo me he propuesto averiguar lo que haya, y lo averiguaré.

Por de pronto, debo deciros que solo han muerto cuatro de los cinco reos.

El quinto corre de mi cuenta el encontrarle.

Hernan Cortés se dirigió al aposento de Moctezuma, hizo que le acompañaran los capitanes, y al hallarse en presencia del emperador:

—Los criminales que se atrevieron á hacer armas contra nosotros, los que intentaron con falsas calumnias amenguar vuestra fama, acaban de expiar su crimen en el patíbulo.

Tiempo es ya de que yo os demuestre que no os guardo rencor.

Y llamando á uno de sus pajes:

—Quitad los grillos al soberano de México, les dijo.

Los pajes obedecieron, y el emperador agradeció aquella muestra de benevolencia á Hernan Cortés.

—He dejado, exclamó, que se cumpliera vuestra voluntad para convenceros más y más de que no he tenido parte alguna en los abusos cometidos por Qualcopoca.

Ya duerme el sueño eterno.

¡Que los dioses se apiaden de mí!

Moctezuma atribuía todo lo que le pasaba á castigo de los dioses por sus pasadas culpas; y al aceptar las penalidades que decretaban, creía hacer méritos á sus ojos, y lo que hacia era aumentar su debilidad con el fanatismo.

Moctezuma abrazó cariñosamente á Hernan Cortés.

Este dispuso que se alejaran los centinelas y los capitanes, quedando solo con su huésped.

—Emperador, le dijo el caudillo de los españoles; estais en libertad. Podeis volver á vuestro palacio cuando gustéis.

Moctezuma se negó á aceptar esta oferta.

Veamos ahora qué es lo que habia pasado á Zimpazin.

CAPITULO LI.

La evasion.



IMPAZIN trabajaba con todas sus fuerzas cuando llegaron los españoles á buscar á los reos.

Con el delirio que producía en él la esperanza de la salvacion, se le pasó el tiempo sin sentir.

Al fin logró su objeto, al fin consiguió romper el muro, y al volver ébrio de gozo á participarlo á su padre, halló la compuerta echada.

Instantáneamente comprendió lo que aquello significaba.

—¡Es tarde! murmuró... ¡Es tarde! Han salido sin duda para el suplicio.

Meditó un instante sobre el partido que debería tomar.

—Acaso puedo impedir su ejecucion, se dijo.

Y avanzando por la mina, pasó al otro lado, y siguió la galería subterránea.

Al final halló una escalera.

Subió diez escalones, y encontró un nuevo obstáculo.

Tambien allí habia una compuerta.

La compuerta estaba en la habitacion que ocupaba Temixpa en el palacio de su padre.

Zimpazin se resolvió á llamar.

La jóven princesa estaba sumida en el más profundo dolor.

No ignoraba la suerte que los españoles habian reservado á los reos.

Habia ido á pedir á su padre que implorase el perdon de Zimpazin.

En aquel momento supremo, le confesó el inmenso amor que sentia hácia el hijo de Qualcopoca.

Moctezuma comprendió el inmenso dolor de su hija.

—Es inútil que derrames lágrimas, le dijo; yo no soy dueño de su vida.

El y su padre han cometido un delito que nuestros huéspedes desean castigar.

—¡Yo misma pediré gracia! exclamó la jóven princesa.

—Tú no; eres mi hija, eres princesa, y los que tienen sangre mia en sus venas, sufren y mueren, pero no se humillan.

—Bien está, moriré, dijo la jóven alejándose.

Moctuma no la detuvo

—¡Los dioses lo quieren! exclamó resignándose.

La jóven volvió á palacio, y pasó la noche en mortal angustia.

Al dia siguiente supo que Zimpazin debia morir quemado en la gran plaza de Tlatelulco.

No encontrando consuelo en su madre, á quien preocupaban serios asuntos, se refugió en su habitacion.

Allí acudieron á decirle que los prisioneros habian sucumbido; pero que Zimpazin habia logrado evadirse.

—¡Oh! No, se dijo la jóven; su evasion era imposible.

De librarse él, hubiera salvado ántes á su padre.

El dolor le ha asesinado, y sus verdugos no han tenido valor para quemar á un cadáver.

Quedó sola en su estancia, y al poco tiempo oyó desesperados golpes que resonaban bajo sus piés.

Al pronto no hizo caso.

La pesadumbre llenaba todo su ánimo.

Los golpes redoblaban.

Prestando atencion, creyó oír una voz.

Cerró la puerta de su estancia.

Separó las alfombras de algodón tejido con palma, y echándose en el suelo, puso atento el oído.

La voz de Zimpazin más perceptible, unida al presentimiento, la movió á registrar el pavimento para ver si comunicaba con alguna habitacion subterránea.

El suelo estaba cubierto de mármoles.

Observando bien, notó que en uno de los ángulos habia una losa que se movia.

Reuniendo todas sus fuerzas, pudo levantarla.

Bajo la losa habia una compuerta de madera.

La levantó tambien, y reconociendo la voz de Zimpazin, poseida de asombro, y al mismo tiempo de alegría le tendió su mano, y no tardó en caer en los brazos del jóven guerrero.

—¡Tú aquí, Temixpa!... El dios tutelar del amor me ha traído á tu lado.

—¡Ah! Sí, exclamó la jóven; te ha traído á darme la vida, porque yo te creia ya en los brazos de la muerte, é iba á buscarte en ellos. ¡Pero cómo es eso! Habla, explícate.....

Zimpazin refirió á su amada todo lo que habia sucedido.

Al terminar su breve relato:

—Pero no nos detengamos, dijo Zimpazin, necesito salvar á mi padre, á sus amigos.

Cacumatzin estará en palacio.

Llévame á su presencia.

Que los soldados mexicanos rompan mis cadenas, y yo, al frente de ellos iré á arrebatár su presa á los españoles, y los aniquilaré y devolveré á mi patria la paz y la independencia.

El remedio de estos sacrificios será tu amor.

Temixpa no se atrevió á decir á Zimpazin lo que sabia.

El jóven insistió.

Al oír de nuevo su esperanza, Temixpa le reveló la verdad.

—Es tarde, Zimpazin, le dijo; tu padre y los demás prisioneros han muerto abrasados por las hogueras de los españoles.

—¡Y los mexicanos lo han consentido! exclamó Zimpazin, ciego de ira.

—Han obedecido á mi padre.

—¡Tu padre ha perdido para siempre á los mexicanos! añadió fuera de sí. ¡Maldito! ¡Maldito sea!

Temixpa se horrorizó al oír aquella maldición.

Zimpazin, poseído de una horrible sed de venganza, abandonó la estancia de la jóven, recorrió algunas habitaciones, y se dirigió á la cámara de Moctezuma.

Al llegar oyó una exclamacion de sorpresa y de asombro.

—¡Zimpazin! gritaron à un tiempo la emperatriz, los tres príncipes y algunos altos dignatarios que se hallaban en la cámara imperial.

—¡Sí, yo soy! contestó el jóven. Yo, que vengo resuelto á vengar los crímenes horribles que acaban de cometer los españoles.

Zimpazin llegó á tiempo.

Los que allí estaban reunidos buscaban el medio de arrebatár á Moctezuma del poder de los españoles, y el castigo de éstos por la crueldad que acababan de cometer.

CAPITULO LII.

La emperatriz de México y los consejeros de Moctezuma.



ANTES de referir lo que pasó al presentarse en la cámara Zimpazin, conviene que enteremos á nuestros lectores del objeto que habia reunido en aquella estancia á la emperatriz y á los consejeros de su esposo.

Dado el ascendiente que tenia Moctezuma sobre sus vasallos, se comprende con facilidad que les comunicara el desaliento en que habia caído.

En efecto: todos los que estaban acostumbrados á ver en él la energía y el valor reunidos; todos los que hasta entónces le habian considerado como su señor, no podian ménos de humillar la frente como él diciéndose:

—Cuando Moctezuma trata à los extranjeros de esa manera, cuando se doblega á su voluntad, cuando hace tantos sacrificios para demostrarles la sinceridad de sus intenciones, no hay duda de que esos hombres son superiores á nosotros; no hay duda de que los vaticinios de los augures se han confirmado; no hay duda de que los dioses, reconociendo en ellos á los descendientes del gran Quetzalcoal, imponen al emperador, y por lo tanto, nos imponen á nosotros obediencia y respeto hácia los extranjeros.

La actitud de Moctezuma era, pues, la de los altos dignatarios de su córte, y en vano Cacumatzin habia tratado de disuadirle y de comunicarle el fuego que ardia en su pecho, la sed de venganza que devoraba su alma.

¿De qué le servia su ejército de Tezcuco, si acostumbrados los tezcucanos á admirar el valor de los soldados de México,